

La poesía de los actos

Por: Eliseo Diego *

La Revolución no fue hecha por ángeles, tampoco por demonios.

Cuando triunfó la Revolución Cubana, yo no supe que triunfaba la Revolución Cubana. Pertencía al grupo de incrédulos de mi generación a quienes los gobiernos de Grau y Prío, y el horror de Batista, habían colmado de desilusión y amargura. Poco a poco el país iba convirtiéndose en un gran casino y casa de prostitución. Pero a mí, al menos, me desamparaba la esperanza. Muy adentro había calado el veneno de la pseudocultura norteamericana. Con algo como una desesperada obstinación, me empeño en poner a salvo en la poesía, los pocos, diminutos fragmentos de la identidad de la patria que estaban a mi alcance.

Olvidaba la existencia de la otra Poesía con mayúsculas que se expresa a través de otros medios espléndidos y terribles como lo son el sufrimiento y la sangre. Olvidaba que la Poesía, tanto si se expresa en palabras como si se manifiesta en actos, es por esencia Sorpresa. Bien presente tenía la épica de la literatura; pero olvidaba la Épica de la Historia. Y así me tomó por sorpresa la irrupción del poema que llamamos la Revolución.

En 1958 había publicado el libro de versos al que titulé Por los extraños pueblos. Salvo unos pocos ejemplares, guardé el grueso de la edición en una alacena del baño de la casa. La había pagado de mi propio bolsillo, porque entonces no existían editoriales en Cuba —a no ser de nombre sólo, como la de Orígenes—, y eran unos cuatrocientos y tantos ejemplares. Pero me pareció que distribuirlos cuando cada mañana aparecían en las carreteras los cuerpos ultrajados de tantos jóvenes mártires, iba a ser como una imperdonable blasfemia.

A la Revolución no la hicieron ángeles, como sueñan a veces nuestros amigos, ni demonios, como afirman con infame candor nuestros enemigos, sino sólo pobres hombres como lo somos todos. Y los hombres solemos cometer errores, cómo negarlo. Algunos me han lastimado, aunque no muy a fondo;

otros me han movido a estupor cuando no a irritación y aun a cólera. Pero, gracias a Dios, todavía soy capaz de pasar balance.

Y como no soy hombre de pensamiento lúcido ni mucho menos, me explicaré con una anécdota. Hace años visité uno de los pueblos más apasionados y convulsos de nuestra América, y por ello mismo uno de los que más grandes esperanzas para el futuro ocultan en sus entrañas. Me refiero a Colombia.

Cierta noche como a las diez y media regresaba yo al hotel de lujo en que la hospitalidad de los colombianos me habían alojado. Téngase en cuenta que en Colombia hasta las gentes más humildes poseen una exquisita cortesía y hablan el español de una forma que es un gusto escucharlos. Pues bien: al acercarme a la entrada se me aproximó un niño de unos diez años de edad —la misma que por entonces tenía mi nieto en la Habana. Era muy delgado, vestía de harapos, iba descalzo. Con una impresionante dignidad me dijo sólo estas palabras: “Señor, tengo hambre”. Ni pedía ni mendigaba: sólo enfrentaba mi corazón con un hecho. Sin una palabra le entregué cuanto dinero llevaba conmigo. Aquella noche habrán comido él, sus hermanitos y hasta quizás sus padres, aunque no me consta que los tuviera, pues en cuanto sintió el dinero en la mano me saludó con una pequeña inclinación de cabeza y se marchó, derecho y solemne, sombra adentro, calle abajo.

En resumen, que aquella noche había tenido frente a mí no sólo al desdichadito de Colombia, sino a quien pudo haber sido mi propio nieto, por no decir a casi todos los niños de América. Sin saberlo él, había pronunciado las terribles palabras de Cristo que —según León Bloy, si la memoria no me falla— se han de escuchar al fin de los tiempos como un clamor de trueno en todos los confines de la Tierra: “Tengo hambre”.

Es una referencia al pasaje de los Evangelios —libro extraño que sería provechoso leer sólo como una lección de buena literatura— en que Jesús, paseando por una plaza en compañía de sus discípulos, les dice (no cito literalmente): “Pues al final de los tiempos os diré: ‘Venid a mí, benditos de mi padre, porque cuando tuve sed, me disteis de beber, y cuando tuve hambre, me disteis de comer’”. Y los discípulos, sencilla gente de pueblo, como sabemos, que lo tomaban todo literalmente, le preguntaron: “Señor, ¿cuándo tuviste sed y te dimos de beber?, y ¿cuándo tuviste hambre y te dimos de comer?”. A lo que Jesús respondió, señalando a los mendigos, hombres viejos, recios, rudos, sentados en torno de la plaza: ‘Cada vez que lo hicisteis con uno de estos pequeñuelos, conmigo, lo hicisteis’”.

Sean cuales fueren nuestras penurias, cuando al fin del día me tiendo a dormir, lo hago con la tranquilidad de saber que aquella noche no va a morir de hambre ningún pequeñuelo en mi tierra, ni los de veras, ni los simbólicos.

** **Eliseo Diego** (La Habana-Cuba, 1920-México, 1996). Fue uno de los fundadores de la Revista Orígenes, junto a Cintio Vitier, Fina García Marruz, Octavio Smith, Agustín Pi, Julián Orbón, Gastón Baquero, Ángel Gaztelu y Virgilio Piñera, entre otros. En 1986 obtiene el Premio Nacional de Literatura por el conjunto de su obra; en 1988 y 1989, sucesivamente, el Premio de la Crítica y en 1993 el Premio Juan Rulfo. Publicó, entre otras, las obras: de cuentos: *En las oscuras manos del olvido* y *Divertimentos*; de poesía: *En la Calzada de Jesús del Monte*, *Por los extraños pueblos*, *El oscuro esplendor*, *A través de mi espejo*, *Inventario de asombros*, *Aquí he vivido* y *Poemas al margen*.*